

Segundo Domingo de Cuaresma – Mt. 17, 1-9

El camino que nos propone este tiempo de Cuaresma, encuentra en este segundo domingo una nueva perspectiva desde la que pensar qué es la conversión, a qué nos tenemos que convertir. La experiencia de la transfiguración de Jesús, más que un hecho extraordinario, espectacular, con signos por fuera de nuestra realidad, manifiesta lo que Jesús es en lo más hondo de su ser, expresado en las palabras que van dirigidas a los discípulos: *“Este es mi hijo amado, escúchenlo”*.

Si miramos esta escena desde allí, descubrimos que lo que transfigura a Jesús es lo que lo habita en lo más hondo de su humanidad: es la experiencia de ser hijo, y por tanto hermano nuestro, compañero de camino. En Él también nosotros podemos ver lo que somos y lo estamos llamados a ser unos con otros, desde el tesoro que llevamos dentro: somos amados, amadas sin condiciones, sin merecimientos, sin reclamos previos, por el Dios Padre Madre de Jesús.

En nuestra vida cotidiana podemos percibir, -a veces con más facilidad, otras con más esfuerzo-, que las experiencias que nos transfiguran, que nos aportan sentido, alegría, fortaleza aún en el dolor, son aquellas que ponen de manifiesto la reciprocidad, la búsqueda conjunta, la escucha atenta, aquellas donde la cercanía es capaz de tender puentes y el cuidado y la empatía pueden entretejer complicidades que sanan y hermanan. Son las que nos hacen capaces de mirar con ojos nuevos, y ver no sólo lo que falta sino también lo logrado y lo que la realidad encierra de posibilidades de más vida.

Por el contrario, todas las veces que en las pequeñas y grandes decisiones lo que cuenta es el beneficio por sobre el bien común, la indiferencia por sobre la compasión, el abuso de poder y la explotación al máximo de los recursos de la Tierra por sobre el respeto cuidadoso de los equilibrios que ella entreteje y conecta, lo que encontramos son los rostros desfigurados de tantas personas descartadas al borde del camino, y de nuestra casa común arrasada, reduciendo su capacidad para seguir hospedando la vida.

La transfiguración de Jesús nos invita entonces, a re orientarnos, a volvernos hacia el lugar donde nace la luz, para conectar con el amor gratuito que nos habita y que nos une en una misma caravana, todos parte de la misma humanidad, en comunión con todos los seres. Y desde allí experimentar que nadie sobra y que unos a otros podemos sostenernos y caminar juntos y juntas, en una vida que sea más vida para todos.



Carina Furlotti